

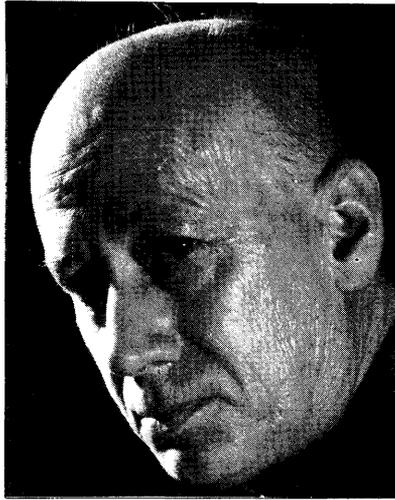
CUANDO este número de INFORMES llegue a manos de los lectores se habrán cumplido, o estarán a punto de cumplirse, los veinticinco años desde la muerte del fundador del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, Eduardo Torroja.

Quienes tuvimos la fortuna de recibir directamente su magisterio no olvidaremos jamás la mañana de aquel 15 de junio de 1961 en la que, a punto de salir para Barajas y tomar el avión de París para acudir a una reunión del Comité Europeo del Hormigón, don Eduardo cayó fulminado en su despacho, víctima de un ataque al corazón cuyo acaecimiento él presentía.

Junto a sus papeles de trabajo, en un cajón de su mesa, apareció una carta para los que con él trabajábamos. Su contenido merece ser recordado.

Cumplidos cinco años en la dirección de esta revista y correspondiendo ahora a otro compañero la responsabilidad de la tarea, he querido que mi última decisión fuese ésta de reproducir el testamento del profesor Torroja. En homenaje al maestro inolvidable.

A. G. M.



A los que colaborásteis conmigo

No creáis que esta hora de despedida me ha cogido desprevenido. La veía venir lentamente desde hace tiempo y he sentido largamente dejaros.

No en vano hemos vivido tantos años sintiendo la alegría del trabajo y de la mutua convivencia, verdaderamente identificados con, y orgullosos de, nuestra organización.

Otros juzgarán mejor que yo la labor que se ha realizado. Pero mucho más que ella tiene importancia la que queda en potencia.

A mí personalmente sólo me corresponde el éxito en la elección de las personas y en haberos preparado el ambiente de trabajo y de colaboración; lo demás es todo vuestro.

Y muy por encima de los resultados técnicos valoro la experiencia realizada en un sentido humano, social y profesional. Ha quedado demostrado que en España era posible crear unas organizaciones en las que exista una perfecta convivencia entre las diferentes profesiones, entre los de arriba y los de abajo; en la que todos se han acostumbrado a vivir una vida de elevado rango humano, de caballerosidad, de respeto y ayuda mutuos, de máxima dignidad personal.

Estoy seguro de que el valor de vuestra obra, la eficacia y el sentido de nuestra organización, será apreciado algún día mejor que hoy.

Y aun cuando desde arriba fuese todavía alguien capaz de deshacer o de ahogar lo alcanzado, ello mismo prestaría un nuevo valor aleccionador a nuestra experiencia, para todos los que sientan la responsabilidad social de nuestra técnica.

Si no logré todo lo que hubiera querido para vosotros, la culpa fue mía por falta de condiciones personales para convencer a otros. Pero no me quejo de ello, ni me arrepiento de mi labor. Cada cual tiene su misión en la vida y yo la ligué a este ideal que no traicioné.

En realidad ya no me necesitábais, ni podía ayudaros. No os amilanéis, pues, por mi falta. Vosotros podéis lograr todavía todo lo que yo no pude alcanzar.

El camino tiene sus altos y bajos, sus barreras que franquear y sus escollos que rodear; pero no importa, la marcha unida y constante en una misma dirección, con un mismo ideal, acaba por imponerse siempre. El tiempo no importa.

Cuidad vuestra unión como yo la cuidé, y pensar que el fruto de vuestros desvelos no es para vosotros solos sino para todos, agradézcadlo o no.

Por mi parte me voy tranquilo y convencido de que la vida que he vivido con vosotros valía la pena de ser vivida. Las satisfacciones que me proporcionásteis, los que os embarcásteis conmigo, me compensaron con creces todos los sinsabores que trajeron los de fuera.

A todos vosotros, desde los que lograron los mejores éxitos personales —que yo gocé como propios— hasta los más humildes, quiero expresar de una vez para siempre mi íntimo y profundo agradecimiento. Nunca encontré palabras para expresar los más hondos sentimientos de mi corazón; este ha sido siempre uno de mis defectos. Perdonadme, pues, que ahora no las busque. Los que me habéis conocido sabréis imaginarlas mejor que yo.

Y, en fin, a vosotros que me comprendísteis y ayudásteis en vida, os dejo una viuda. Acordaos de que gracias a su abnegación y a su cariño recoleto pude dedicaros la paz interior de mis horas de trabajo y de lucha en vuestra compañía.

Dios os bendiga y os ilumine a todos.